

La demanda efectiva como motor del crecimiento

“Cuando el niño o niña mama bien, la lengua y la boca estimulan el pezón. Entonces los nervios del pezón mandan el mensaje al cerebro de la madre de que el niño o niña quiere leche. El cerebro responde y ordena la producción de una sustancia llamada prolactina. La prolactina hace que la leche se comience a formar en los alvéolos. Entre más mama el niño o niña más leche produce la madre (...). Si el niño o niña no mama bien, la madre no recibe el estímulo adecuado y no produce suficiente leche”

UNICEF 2012. “Lactancia Materna”

El esquema macroeconómico de crecimiento encarado desde 2003 tuvo como denominador común que su impulso principal estuvo centralizado en la mejora en distribución funcional del ingreso y, como consecuencia de ello, por los niveles de consumo cada vez más elevados.

Hasta el año 2006/2007, la recuperación del consumo doméstico estuvo sustentado en la recuperación del empleo merced a uno de los principales hitos del esquema de crecimiento abordado desde 2003: una relación capital/trabajo definida en la plena vigencia (como en ningún período anterior) de las negociaciones en paritarias de las condiciones laborales. Es por ello que la mejora en la distribución del ingreso hasta 2007 estuvo principalmente basada más en la recuperación del empleo (vía cantidad) que en la mejora de los salarios (vía precios). Es así que la tasa de desocupación pasó en un lapso relativamente corto de años de dos dígitos en 2003 a una del 7,5% a fines de 2007 que a la postre fue la que se mantuvo con leves modificaciones durante los 8 años siguientes hasta el primer semestre de 2015 mostrando un piso estructural de difícil penetración. También fue clave la política de inclusión en el ingreso de más de 2 millones de adultos mayores de 65 que no contaban con una cobertura jubilatoria

Este esquema rompe y desafía lo que históricamente la teoría convencional económica supone, que la inversión se logra si en la economía hay ahorro, mientras que en los hechos el camino transitado en este período fue el inverso: los aumentos de consumo popular generan un alza de la producción que lo satisface y de la inversión cuando las empresas se acercan al uso pleno de la capacidad instalada. En efecto, motorizado por niveles más altos de consumo popular, la inversión logró un nivel récord desde los años 70. Si tomamos el período 2003-2012, la inversión en porcentaje del PBI alcanzó el 21%, 3 puntos porcentuales más altos que en la convertibilidad. En términos de acumulación productiva (que incluye además de inversión, a la educación y a la investigación y desarrollo) los niveles alcanzaron los 30 puntos del PBI (ver Entrelíneas N° 19, “Excedente, distribución del ingreso y acumulación”). Es a partir de 2008 donde el esquema de crecimiento se pone por primera vez a prueba. Por un lado, por los efectos de la crisis financiera internacional pero principalmente porque las condiciones internas generadas por la rebelión fiscal del sector agropecuario. Además la puja distributiva en las negociaciones colectivas de trabajo

empieza a jugar un rol preponderante en los intentos por mejorar la distribución funcional del ingreso, y la inflación vuelve a tener relevancia en el escenario macroeconómico. Y no es justamente por los motivos tradicionales del neoliberalismo (emisión monetaria para financiar el déficit fiscal) ya que en 2007 y 2008 aún prevalecían las condiciones virtuosas de los superávit gemelos.

Las respuestas de política económica a cada crisis que se sucedieron desde 2008 en adelante, fueron siempre teniendo como “sur”, el estímulo de la demanda popular y masiva. Prueba de ello fueron: la asignación universal por hijo con una actualización superior a la inflación (merced a la incorporación como activo estatal del sistema de AFJPs), la actualización de las jubilaciones por mecanismos automáticos, los planes de consumo de bienes durables entre ellos el Ahora 12, plan PROCREAR para viviendas (esto también desde la recuperación de AFJPs), nueva moratoria previsional para alcanzar un nivel de cobertura del 100% de los mayores de 65 años. En este esquema también juega un rol primordial el mantenimiento de los subsidios a las tarifas de los servicios públicos que si bien las correcciones para hacerlo más progresivo quedaron a mitad de camino, lo cierto que su eliminación carcomería el poder adquisitivo de las capas medias y bajas en conjunto incrementando la pobreza.¹

Como resultado del propio éxito de las políticas que estimulan la demanda, sumado a una lenta pero persistente apreciación cambiaria, el consumo se hace más sofisticado por la aparición de un nuevo tipo de consumidor de clase media que alcanza bienes y servicios que antes no le estaban disponibles, sobre todo bienes importados (o de alto componente importado) y gastos turísticos en el exterior. Este fenómeno se da también como efecto demostración de aquellos que quieren aspirar también a ese tipo de consumo.

Aparece entonces con mayor claridad el problema característico de una economía subdesarrollada en proceso de industrialización, esto es, la existencia de un “descalce” entre el tipo de consumo que se reproduce (compatible con un tipo de estructura productiva heterogénea), respecto de una economía que haga un cambio estructural y logre aumentar la productividad para reducir la brecha tecnológica con los países desarrollados.

Dicho “descalce” se exterioriza a través de la restricción externa y la crisis de la balanza de pagos que se produce a partir del año 2011. La restricción externa se dio en paralelo con el comienzo de la recesión en Brasil y su posterior crisis política, con la caída de los precios internacionales de las commodities y con la posición de importador neto de energía. Todos estos factores contribuyeron a empeorar la restricción externa. La aparición de las restricciones al mercado de cambios terminaron de coronar un marco de incertidumbre que minó el esquema virtuoso de los primeros años.

A pesar de las políticas de contención del consumo popular y el sistema de administración de las divisas, desde 2011 la calidad del crecimiento de la economía se redujo y si bien no produjo una reducción en los niveles de consumo y el empleo se mantuvo relativamente estable, alcanzó un límite que puede mostrar cierta incompatibilidad con una política macroeconómica que estimule la inversión necesaria para una reducción de los niveles de desocupación y crecimiento del empleo. En este contexto restrictivo, el histórico comportamiento del empresariado nacional de posponer inversiones, hace que todo intento de la política de estímulo de la demanda pierda efectividad y se fugue parcialmente a precios.

1) Según CIPPEC, “una medida de shock para eliminar los subsidios provocaría en el corto plazo un aumento de 1,8% de la pobreza”. La Nación, 14 de septiembre de 2015.